

RELIGIÓN Y PATRIA

fundado en el año 1.906

Gijón, abril de 1956

Núm. 1046

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

UNA LECCION DE ABEJAS

ERA una abeja que vino zumbando, sin saber de dónde, y dejando iba una estela de giros melodiosos.

—Esa es de las que llevan polen— me dijo Marcelo, el viejo colmenero que cuida de los enjambres de don Gaspar.

Me señaló después las dos bolitas amarillas que llevaba la abeja entre sus patas traseras. La abeja se balanceó un instante y pareció afirmarse más aquella carga preciosa que daba idea de una cosa así como si se hubiese amasado polvo de sol con ese licor invisible de la mañana que olía a este polen y esta cera virgen de las colmenas.

—¿Y qué, cómo van los enjambres de don Gaspar?— pregunté a Marcelo.

Me parece que van a hacer mucha miel, me respondió.—¿Quiéres verlos?

Entramos en el colmenar, y en el aire resplandeciente se iba tejiendo esa sinfonía mirífica que hacía hervir el apiario. En las piqueras se alineaban las abejas vigilantes, como en función de carabineros en la Aduana. Olfateaban a las compañeras que llegaban y, a veces, conocían que alguna intrusa pretendía franquear la frontera y esgrimían el arma de sus agujijones para expulsarla.

—¿Ve usted— me dijo Marcelo. Esto es una organización.

—¿En qué sentido?— pregunté.

—En el «sentido» de que esto prueba de que el comunismo es una «verdad».

—¡Ah! Pero, ¿eres tú comunista?

—Comunista. De los de Lenin. Toos iguales; cá uno para su cosa, y el que no trabaje que no coma. Mié usted lo que hacen aquí con los zánganos.

—¡Pobres zánganos!— exclamé yo dando un sentido humorístico a la conversación.—Nos hemos dedicado a despreciar a los zánganos, y hoy se ha demostrado que sin ellos no podía vivir la colmena. Pues si que es una sorpresa encontrarme con que eres tú comunista. Y dime, Marcelo, ¿por qué eres tú comunista?

—¿Quién no lo es viendo esto?— me replicó.—¿Pero usted sabe, viendo una colmena, lo que es el comunismo?

Me destapó una de las cajas. Sobre los cuadros del panal se amontonaban legiones de abejas. De allá, del fondo del nido, se levantó un sordo zumboneo que fué creciendo como el acorde de un orfeón.

Olía toda la colmena como a resinas y miel caliente. Y allí se transparentaba ésta, bajo la capa blanca que parecía un pan de hostias, en las celdillas aperculadas. Como un lingote de oro recién sacado del crisol.

Hubo que tapar, porque el apiario se pobló de zumbidos agresivos, cual si el fuerte olor de la miel madurada y de los propóleos reblandecidos excitase el afán de pillaje del colmenar.

—¿Esto también es el comunismo? pregunté irónico.

Me miró Marcelo un poco desconcertado, porque al pronto no se atrevió a contestar.

—Yo lo que digo—sentenció luego— que en este comunismo toos comen y toos son felices. Verá usted, verá usted.

Me llevó entonces a una colmena de observación, y dejó caer las charnelas de unas ventanas, graduando la luz.

Mié usted esas, acompañando a la reina. La reina pone sus huevos y las demás los empollan. Aquellas de allí hacen la limpieza. Sacan de la colmena la suciedad, los grumos de la polilla, los cuerpos extraños, los cadáveres y las crías malogradas. Estas otras traen el polen y la sal y el agua. Estas de más acá son los albañiles y recomponen las celdas, amasan la cera, van levantando esos panales blancos, que luego se tornan morenos como el pan rubio. Y aquellas traen la miel y aquellas ventilan con sus alas la vivienda, y las otras dan calor, y verá usted que aquí hay paz, porque todas son comunistas, indicando que este es el camino del hombre. Y amos a ver: ¿me quíes decir ahora que falta les hace a estas abejas ni Dios ni curas, ni religión pa vivir así en sociedad?

—Les falta todo—respondí yo.

—¿Pero qué les falta?

Y tal vez dando una desmesurada solemnidad a mi frase, asocié una idea, que no era absolutamente mía, a la verdad, y respondí.

—Les falta, sobre todo, el amor...

Marcelo no me comprendió. Yo sabía que en la simplicidad de sus intuiciones quería hacer del instinto de aquellos animalitos una categoría moral que faltaba a los hombres.

—¿Sabes tú—le pregunté—si las abejas tienen pasiones, odios, rencillas, egois-

mos, anhelos y aspiraciones? En una palabra: ¿Sabes tú si las abejas tienen conciencia de sus virtudes y la noción de su responsabilidad? Es decir, ¿tendría una abeja opción entre el bien y entre el mal?

—¿Entonces qué?

—Que son incapaces de libertad, porque sólo a los hombres les fué dado conseguir por la libertad, el amor. Tú no comprenderías bien esto, Marcelo.

—No lo crea usted; sé bien lo que usted quíes decirme. Pero yo lo que digo es que aquí pué usted ver lo que es el comunismo. Con un comunismo así, pues toos encantados. Y digo también, como decía antes, que aquí las abejas ya lo vé usted: ni tienen curas ni ná de esas cosas pa vivir en paz ...

—Dió entonces la casualidad de que en una piquera se amontonara un pelotón de abejas. Forcejeaban entre sí, pugnando por llegar todas a una compañera que pretendía volver a la colmena. La hincaron repetidas veces el agujijón, y por último moribunda, con las alas caídas la dejaron entre la hierba, inútil ya para vencer los obstáculos hasta la entrada.

—¿Y eso?—pregunté. ¿Alguna pilladora?

—Cá, una vieja que se ha inutilizado ya pa el trabajo. ¿No sabe usted que las abejas cuando las compañeras no puen trabajar las matan?

—¿Y a tí qué te parece eso?—interrogué a Marcelo?

—Hombre, le dire a usted: en pura verdad eso no me parece bien.

Pues si las abejas tuviesen curas, como tú dices, es probable que no hiciesen eso. Es que las abejas son unas pérfidas comunistas, Marcelo.

Me miró de nuevo sin comprender.

—Imagínate—añadí—que sentamos tus principios para imitarlas. Y empezamos por sacrificar al menor de tus hijos. ¿No es tu Luisín ese pobrecito niño rencoso y jorobadito que será siempre incapaz de trabajo? Pues al destino que daremos con él a los ancianos, a los enfermos, a los tullidos, a los deformes, a los que no tienen culpa de haber nacido tan desvalidos. Fuera todo eso de Dios y de la religión como tú dices, que predicán el amor a los desgraciados y la compasión a los débiles y la ternura para con los que no pueden ser felices. No te apures, degollaremos a tu Luisín para hacer lo mismo que las abejas.

Y entonces Marcelo se acercó a mí y me cogió ambas manos. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó.

Yo oyendo esto le sonreí.

—¿Ves? Has dicho una verdad: hijo de tu alma. Tu alma hecha ahora alma por el amor. ¡Qué has de ser tú comunista!

Y ví que Marcelo en un impulso, echó a correr del colmenar, se llegó a la puerta de la casa, cogió al pequeño Luisin en brazos y lo acercó a su rostro, apretándole con transportes de una conmovida ternura.

En esta actitud me gritó:

—¿Pues sabe usted lo que digo? Que si es eso ser comunista, ya pué venir aquí Rusia entera, a ver si son capaces de tocar el pelo de la ropa a este crío desgraciao.

Y yo me conmoví ¿Qué iba a hacer si era la verdad cantando la verdad misma, que era el corazón ya mirando hacia el cielo?

Antonio Reyes Huertas

Declaraciones del Presidente Pilatos

(José María Pemán supone una entrevista con Pilatos sobre los sucesos del Viernes Santo. Pilatos trata de evadir el asunto, «pero mi tenacidad, casi indiscreta, le llevó poco a poco al tema de mi información». Por las respuestas se adivinan las preguntas. Dice así):

—¿...?

—Sí; a eso del amanecer, la plebe, amotinada trajo a mi presencia al Nazareno. Le traían a golpes y empellones, atado con una sogá como un cordero, y al frente de las turbas venían Caifás y casi todos los príncipes de los sacerdotes. Mi primer deseo fué inhibirme del pleito y entregarlo a la jurisdicción de los mismos judíos. Era lo más prudente, puesto que se trataba de cuestiones internas de ellos.

—¿...?

—No; el Sanedrín, que es el Tribunal de los judíos, sólo puede imponer penas leves y menores. Por eso ellos no se conformaban con mi propuesta. Entonces les pedí que me concretasen una acusación, y me dijeron que aquel hombre se decía Rey de los judíos, y que levantaba al pueblo diciendo que no había que pagar los tributos al César. Ya esto me pareció más razonable y le hice subir a la sala del Tribunal...

—¿...?

—Sí; allí me explicó, a su modo, sus palabras. Me dijo que la realeza de que él había hablado a los judíos, no era la de este mundo y que él había venido a dar testimonio de la Verdad... ¡Figurate...! ¡La Verdad...! Yo no encontraba culpa alguna en El. Sus ojos estaban llenos de inocencia... Como me informaron que era galileo, pensé que, en realidad, el pleito pertenecía a la jurisdicción del Rey Herodes. Di orden, pues, de que lo llevaran a su presencia. Creo que obré discretamente.

—¿...?

—Herodes no quiso solucionar la cuestión. Me devolvió al Nazareno al poco tiempo, habiéndole hecho poner, como a un demente, una túnica blanca. Me encontré otra vez entre la tozudez de esa gente, que

pedía para aquel hombre la pena capital, y la falta de pruebas en su contra. Gritaba de un modo la plebe, que no era posible enfrentarse con una negativa rotunda.... Entonces, persuadido de que aquel hombre era inocente, decidí, para aplacar al pueblo, mandarle azotar. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿...?

—Le hice, después, flagelar en la columna, y luego ataviado con una corona de espinas y un cetro de caña, que mis soldados le pusieron, se lo presenté al pueblo. Pero el pueblo, lejos de apiadarse, insistió con una sola palabra obsesiva: «¡Crucifícale!».

—¿...?

—Me resistí todavía. Pero los judíos insistieron en que aquel hombre se había querido proclamar Rey. Te confieso que tenía una misteriosa dulzura en sus pocas palabras y en sus largos silencios. Pero..., la chusma insistía en su pretensión. Llegaron a decirme—fíjate bien—, que si no castigaba a aquel hombre, que se quería alzar como Rey, yo no era amigo del César. Esta sospecha no podía consentirla yo....

—¿...?

—¿Qué iba yo a hacer? Decidí entregar a aquel hombre a la voluntad del pueblo. Pero, eso sí, en testimonio de mi inhibición de aquella resolución extrema, antes pedí una jofaina con agua y me lavé las manos en presencia del pueblo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿...?

—Sí; al escribir la tablilla que el reo había de llevar al cuello hasta la cruz y luego había de clavarse en ésta, puse: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos». Ellos querían que hubiese puesto: «que se hace llamar Rey de los judíos». Pero yo estaba ya hartado de imposiciones y exigencias...

—¿...?

—¿Qué quieres? Esto es gobernar con prudencia y buena política. No se puede contentar a todos.

—¿...?

—Sí, hace un momento, poco antes de venir tú, José de Arimatea, un judío rico y pacífico, me ha pedido el cadáver del Nazareno para darle sepultura. Es persona de prestigio entre ellos y se lo he concedido. Hay que andar así contemporizando; a esto no, a lo otro sí. ¿No te parece?

EL TRABAJO DE LA MUJER

Es incuestionable que el cambio operado en la economía de los pueblos, sobre todo en aquellos que pasaron en pocos años—o siguen en transición—desde un desarrollo predominantemente agrario y artesano a una transformación industrial, ha modificado fundamentalmente la posición de la mujer en la familia y en la sociedad.

Nuestro país es, quizá, ejemplo del fenómeno, ya que no hace medio siglo aun sus mujeres atendían casi exclusivamente a sus obligaciones domésticas y era precisamente en el campo donde más directamente auxiliaban al marido en sus tareas, aunque, por las

características especiales de la empresa familiar agraria, no por ello dejaban sus ocupaciones netamente familiares, compaginando su labor campesina con el cuidado de los pequeños, de las pobres ropas y de los animales domésticos.

Pero las circunstancias siguen cambiando, y ya no es sólo en las zonas rurales donde la mujer se ve obligada a ayudar al esposo. En los ambientes industriales, en las ciudades y fábricas, se ha hecho poco menos que general y extradoméstico el trabajo de la mujer. Unas veces, porque los salarios insuficientes del marido la obligan a acrecer los ingresos familiares con su propio esfuerzo. Otras, como en el caso de las viudas, de guerra o no, porque son ellas las que han de hacer frente a la vida para remedio de sus necesidades y las de sus hijos. Otras, finalmente—el caso de las solteras—, o porque contribuyen a reforzar los ingresos del cabeza de familia, o porque entra en juego la previsión de un futuro difícil cuando falten los padres, o porque el trabajo permite a las no casadas caminar más solas e independientes por la vida y atender a las necesidades no perentorias, a veces superfluas o simplemente de desahogo y diversión.

Como quiera que sea, resulta evidente que esa incontenible incorporación de la mujer al trabajo en igualdad y a veces en rivalidad con el varón ha de tener forzosa repercusión en la sociedad, en la vida familiar, en las costumbres y hasta en la moral y educación de las futuras generaciones. Y puesto que no puede pensarse en un retroceso ni en impedir ni prohibir el trabajo de la mujer, antes bien cabe esperar que, bajo el signo de la industrialización y de la técnica crecientes, acrezca el problema, bueno será que se arbitren medidas que atemperen los inconvenientes a la utilidad y aun necesidad del trabajo en muchas mujeres. En primer lugar, procurando una formación completa de las jóvenes en orden al hogar y a la maternidad.

La Iglesia, en esto como en tantos problemas vivos, tiene a punto su palabra orientadora y su juicio certero. Así, en el caso de la madre de familia, ha dicho por boca de Pío XII en la «Cuadragesimo anno»: «Que la madre, a causa de la escasez del salario del padre, se vea obligada a ejercitar un arte lucrativo, dejando abandonados en casa sus peculiares cuidados y quehaceres, y, sobre todo, la educación de los hijos pequeños, es un gravísimo abuso que con todo empeño ha de ser extirpado». De esto a la conclusión de que, para evitar ese «gravísimo abuso», el mejor medio es el de un ingreso familiar adecuado, un salario familiar justo, no hay más que un paso; y lo ha dado la doctrina social católica abogando reiteradamente por esa digna solución.

Como, en el caso de las viudas forzadas a trabajar, vienen los prelados de muchos países pidiendo apremiantemente que se establezca para ellas la jornada corta o media jornada con

subsídios supletorios nacionales. Y como para las solteras, sin dejar de reconocer que una buena formación profesional en sus años jóvenes puede proporcionarles una preparación e incluso una seguridad para previsibles contingencias de la vida, les recomiendan—en este aspecto también a casadas y viudas—que adquieran un conocimiento más profundo de la misión educadora, de la hermosa y a la vez dolorosa misión sagrada de la maternidad, a fin de que puedan, consciente y generosamente, renunciar, si llega el caso, a la elevación de un tren de vida muchas veces desorbitado en favor de una vida familiar más ordenada y de una economía doméstica más racional y equilibrada.

El trabajo extradoméstico de la mujer prestado a solo título de una mayor holgura para lo superfluo, lujoso o excitante, entrafía, desde luego, un grave peligro para la felicidad del hogar y para la educación adecuada de los hijos. Y ello, naturalmente, habrá de repercutir dolorosamente sobre la misma sociedad y aun sobre el progreso mismo de los pueblos, que no reparan en emplear sin tino el esfuerzo de sus mujeres, necesarias fundamentalmente para actividades aparentemente menos remunerativas, pero, a la larga, definidoras del tono y sentido de la vida de esos mismos pueblos.

(De la revista «Ecclesia»)

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Ya Jesús de Nazaret ha resucitado de entre los muertos.

Con su resurrección ha confirmado la divinidad de su doctrina y que El era el Hijo de Dios.

Ahora, todo ha quedado claro. Sus palabras son interpretadas con exactitud. Su doctrina magnífica en sus principios, es grande en sus consecuencias.

Su reino no es de este mundo. La felicidad y la paz están más allá del sepulcro. La vida es un pequeño espacio de tiempo para una eternidad feliz o desgraciada, y hemos de aprovecharla para lograr ese paraíso que al morir ofreció a quien a su lado le confesó públicamente.

«En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

¡SIGAMOSLE! El nos señaló el camino. No es tan duro ni tan doloroso como parece ser a primera vista. Si eres desgraciado, si eres pobre y miserable, si las penas y el dolor acongojan tu vida, aprovéchate de ellas para lograr más fácilmente esa felicidad que El nos ha ofrecido. Con la desesperación nada consigues, no lograrás mejorar tu situación, no se aliviarán tus penas ni tus dolores, pero puedes tener la certeza de que buscando alt-

vío y refugio en su amor y en su corazón, encontrarás una resignación grande, una mejoría en tus dolores, una paz que no te pueden ofrecer las mezquindades e injusticias de los hombres. En El podrás encontrar, en este mismo mundo, una mejoría y un descanso precursor de la gran paz y felicidad que te esperan más allá de la muerte. ¡SIGAMOSLE! El camino que nos señaló no es camino de sufrimientos, su paz nos da consuelo y resignación suficientes para llegar al final de la jornada. Tus penas serán muchas, pero en El encontrarás alivio a las mismas, mientras que en el mundo, la desesperación, la rabia, el odio, serán tres agravantes de tu mal.

¡SIGAMOSLE! Su doctrina es doctrina de amor. Sus mandatos son buenos para el alma y para el cuerpo. De someterte a ellos nunca te arrepentirás; pero si te remordará la conciencia, tu íntimo juez, de haber faltado a sus mandamientos, que por ser mandamientos de Dios, están gravados en nuestra misma naturaleza, que al faltar a ellos, se revela contra ti mismo, y constantemente te echa en cara el haber vulnerado el mandato divino, de tal manera, que no cesara de reprocharte tu mal comportamiento, hasta que te hayas reconciliado con Dios.

¡SIGAMOSLE! El es la bondad, la mansedumbre, el consuelo, la paz. Su camino es camino feliz si sabemos aprovecharnos de las contrariedades que encontremos en la marcha. Son pruebas que El nos manda y en ellas hemos de ver su mano.

La vida pasará pronto. El nos espera al final con esa gran misericordia que Dios ha derramado entre los hombres, desde aquel día en que la perversidad de nuestros pecados lo llevó hasta la cima del Calvario padeciendo, precisamente, para que aquellos mismos que le escarnecían y le clavaban en la cruz, fuesen perdonados... *porque no sabían lo que hacían*; buscando, aun disculpas a su perversidad.

¡SIGAMOSLE! El nos dará la paz, que tanto deseamos.

...Y Jesús le dijo: Tú sígueme a mí.

R.

Comentando

Pasión en Pascua

A pesar de que el tiempo de Pasión ha dado paso a la alegría pascual, nosotros, como la Santa Iglesia, no debemos de dormir todos nuestros dolores en el alegre brazo del contento, sino disfrutar del agrado de la vida sin olvidar los dolores a los que somos acreedores. Es decir: disfrutar, pero sin olvidarnos del propio dolor, y lo que aún es más importante, el dolor ajeno.

La Iglesia se regocija en la alegría de la Resurrección del Señor, y nos convida a

PRIMAVERA

Primavera, Son las flores
con que se engalana el suelo,
símbolo de los amores
que tiene a la tierra el cielo.

Al encanto de este amor
ardiente, tierno y profundo,
nace la primera flor
de las entrañas del mundo.

Un angel, el jardinero;
abre una profunda fosa,
y del dulce semillero
nace la primera rosa.

¡Feliz día floreciera
para nuestro galardón!
¡Anunció la Primavera
la flor de Resurrección!..

Hermenegildo Rodríguez

todos al disfrute de tan fausto acontecimiento. Pero ella, nos impone y sigue recordando diariamente el drama del Calvario, en la celebración de la Santa Misa. Es más, quiere que el recuerdo y conmemoración constante de este sacratísimo dolor, que por sí solo vale una eternidad, la alegría se nos haga más profundamente integral, y que sólo a su luz veamos la sonrisa de la felicidad, como rescoldo y consecuencia de ese drama, que en fin de cuentas, fué la base de todo el contento espiritual del mundo. De la pena del Calvario nació la alegría de la Resurrección.

Sinteticemos este modo de pensar y de actuar de la Iglesia en una norma de conducta, y tendremos la realidad de lo que debe ser nuestra vida en el transcurso de los años que nos corresponda vivirla.

Disfrutemos, sí, de ella, pero miremos hacia atrás, la pasión que dejamos consumada, y que, al rodar de los días, se presentará otra vez, cuando menos lo pensemos, a nuestra vista, llamándonos con alabonazos de dolor, para que acudamos al prójimo, y a los nuestros, y para que esperemos, en nuestros apuros, el consuelo de la resignación y de la ayuda del prójimo. Hoy por mí, mañana por tí.

Divina lección, que aún en nuestras alegrías nos enseña que no debemos de apartar nuestros ojos de la miseria de nuestros hermanos, ni aún de la nuestra, no para contrarrestar la alegría, ni aún entoldarla, sino más bien para hacer que esta sea más humana, más honda. Y es que todos los pensamientos, puestos en Dios, son más humanos y más hondos.

Quizás hoy estemos en días de resurrección; no por esto dejemos de pensar en la pasada Pasión que nos acongojó anteriormente, y pensemos también en que nuestros hermanos sufren su pasión, y se alegran en sus éxitos, que deben de repercutir en nuestro ánimo, para que así, por hermandad, nosotros podamos pensar en que ellos se han de acordar también de nosotros. Esto, y no otra cosa, es

la caridad del Señor, y ha de ser norma constante de nuestra conducta. La Santa Iglesia nos enseña el modo de proceder. Regocijémonos, pues, en nuestras alegrías, pero no echemos en olvido que para llegar estas a nosotros, primero ha tenido que pasar, necesariamente nuestra pasión, y que, así como nos sucede a nosotros, a nuestros prójimos les pasa de idéntica manera.

Que desde ahora nuestras alegrías estén cimentadas en la roca firme del dolor. De esta manera, serán más sólidas y consistentes.

HERO

ALMACENES

Arbués

Materiales de CONSTRUCCION
Planchas ACANALADAS
de CUBRICION
Covadonga, 27 - GIJON

CARBONES

Arbués

Covadonga, 27 Teléfono 1817

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

SECCION HUMORISTICA

ANUNCIOS y AVISOS

Para anunciar el programa de las fiestas de un pueblo se leía:

«Se celebrarán carreras: Una de burros y otra de cerdos en libertad. Sólo podrán tomar parte en ellas, los vecinos de la población.»

En el anuncio de una corrida pueblerina se leía:

«El último toro será vaca.»

En un cruce de caminos de Plencia se leía:

«Al castillo, por la derecha y el que no sepa leer que siga la dirección de la flecha.»

Y en la estación de ferrocarriles del mismo pueblo, se decía:

«Billetes para Bilbao, ida y vuelta y viceversa.»

Un comerciante, cansado de la campaña en contra con que algunos competidores le denigraban, publicó el siguiente anuncio:

«A quien me pruebe que mis chocolates son nocivos a la salud, le regalo seis libras de dicho producto.»

Y quien no admirará el sugestivo título de una mercería de Barcelona:

«Recuerdo del porvenir.»

Más humor denotaba el dueño de la posada que anunciaba como sigue:

«Posada de los asesinos. Se degüella a los pollos. Se descapita y desuella a los conejos. Se decuartiza a los carneros. Únicamente se trata bien a los parroquianos.»

Un anuncio de sandías:

«Por cinco céntimos se da de comer, de beber y se lava la cara.»

En una panadería de las que acostumbran a hacer favores preparando los tostones, etc., rezaba así su rótulo:

«Se asa a quien lo pida.»

Anuncio de una carnicería:

«Callos, morros, patas y demás productos de Eleuterio X.»

Que contrasta o se parece al

«Pielés y lanas de Doroteo.»

Atiendan todos por si alguno lo encuentra aplicable. De Clemenceau se cuenta que viende lo pronto que salían los re-

dactores de su periódico puso el siguiente cáustico como aviso:

«Se ruega a los redactores que no salgan antes de llegar.»

Una funeraria se anunciaba así:

«Esquelas mortuorias: se hacen con tal rapidez que las lee el interesado.»

El alcalde de un pueblo, en vista de la escasez de local, se vió precisado a publicar el siguiente aviso a la puerta del cementerio:

«Aquí no se entierran más que los muertos que viven en este pueblo.»

Parecido es el aviso del alcalde de Doñinos, en Salamanca:

«Queda prohibido a ningún particular matar reses en vivo.»

Un honrado peluquero puso el siguiente anuncio a sus parroquianos:

«Afeitado, 0,50. Con precaución, 0,60.»

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)